



José Luis Lanuza



Imaginación del Infierno

El mundo de los griegos era un mundo de tres pisos. Por lo menos así está representado en los poemas homéricos, que eran algo así como la Biblia -el libro- de los griegos. Si no su libro sagrado, su libro nacional.

Como en algunas modernas obras de teatro en las que aparecen varios escenarios superpuestos, en la *Iliada* y la *Odisea* la acción transcurre en tres planos: uno alto, otro mediano, otro subterráneo.

Desde el alto, los dioses contemplan o dirigen el movimiento de los hombres. En el mediano los mortales representan sus guerras, sus querellas, sus crímenes, sus amores, sus sufrimientos. Después de muertos pasan a actuar en el escenario inferior.

En la *Iliada* hay mucha actividad en el piso de arriba. En la *Odisea*, en cambio, muchos diálogos tienen lugar en el subterráneo. La acción no termina con la muerte del personaje. Odiseo visita a los difuntos y éstos le cuentan cómo ocurrió su muerte. Uno, Elpénor, se queja por no haber recibido sepultura. -90- Otro, el adivino Tiresias, profetiza y aconseja. Agamenón se lamenta de su horrible muerte. El lector o el oyente de la *Odisea* se entera del fin de Agamenón por el relato del mismo difunto:

-Ni las tempestades ni los enemigos acabaron conmigo -explica el guerrero- fue mi hijo Egisto, de acuerdo con mi funesta esposa; me llamó a su casa, me dio de comer y

me quitó la vida como se mata a un buey junto al pesebre. Y a mi alrededor fueron asesinados mis compañeros...

Agamenón no envidia la vida sino la muerte de los otros héroes, y se lamenta de su mala muerte.

Los pretendientes de Penélope también nos cuentan su muerte en la *Odisea*. Como una bandada de murciélagos siguen en la oscuridad a Hermes, conductor de los muertos. La sombra de Agamenón interrumpe su conversación con la sombra de Aquiles al verlos llegar. (Por cierto que el tema de Agamenón es siempre el mismo: se lamenta de su mala muerte). Y entre los recién llegados reconoce a su sobrino Anfimedonte, hijo de Menelao, que era uno de los pretendientes.

-¿Qué os ha ocurrido que penetráis en la oscura tierra tantos y tan selectos varones, y todos de la misma edad?

-91-

Anfimedonte cuenta la historia de los galanes de Penélope, la llegada de Odiseo y la matanza que hizo entre ellos con su arco:

-Así hemos perecido, Agamenón...

Ese estilo autobiográfico de ultratumba no llegó a hacerse vulgar. A fines del siglo XIX (después de Cristo) sorprendió por su originalidad un libro del novelista brasileño Machado de Assis, *Memorias póstumas de Blas Cubas*, dedicado, de modo poco usual, «al gusano que primero royó las frías carnes de mi cadáver»...

El supuesto Blas Cubas confiesa su perplejidad antes de empezar la novela, pues no sabe si iniciarla con su nacimiento o con su muerte. Al fin se resuelve a entrar en materia del siguiente modo: «Expiré a las dos de la tarde del mes de agosto de 1869, en mi casa de Catumby; tenía entonces unos sesenta y cuatro años, unos trescientos contos, y me acompañaron al cementerio once amigos»...

Machado de Assis no parece acordarse de la *Odisea*. En cambio James Joyce no pudo haberla olvidado. Por eso no es de extrañar que en su *Ulyses*, novela tenida hoy por tan moderna que casi parece futura, uno de sus personajes nos explique:

-Yo fui la hermosa May Goulding. Estoy muerta.

-92-

Tampoco puede extrañarnos que Axel Munthe en su famoso *Libro de San Michele* cuente su propia muerte (que más bien es el sueño de su muerte). De todos modos resulta inolvidable el repentino terror del perro que, al sentirlo muerto, retrocede, arrastrándose, a refugiarse en un rincón.

Dijimos que Machado de Assis (o Blas Cubas) no parece acordarse de la *Odisea*. Pero se acuerda de la *Biblia*, y sabe que en el último libro del Pentateuco, atribuido a

Moisés, se cuenta la muerte de Moisés: «Y era Moisés de ciento y veinte años cuando murió: sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor».

Volvamos a los griegos. Los griegos poblaron y adornaron un infierno que serviría de modelo, durante siglos, a todos los infiernos literarios. La imaginación del infierno no podía desprenderse de sus creaciones.

La morada de Hades, o Edoneo, o Plutón, como se llamaba el rey infernal, tenía sus héroes: Orfeo había bajado para libertar a Eurídice. (Todavía lo hace, en óperas, operetas y dramas). Heracles bajó para apoderarse de Cerbero, el comedor de carne. Teseo y Piritoo, bajaron para raptar a Perséfone, princesa subterránea. Tenía sus suplicios clásicos: -93- Ticio, roído por buitres; Tántalo sufriendo sed y hambre cerca del agua y la comida; Sísifo, empujando su roca, eternamente.

Tenía sus jueces: Minos, Eaco y Radamanto. Tenía las fraguas de los titanes, y una legión de almas de mujeres que solían contar su vida a los visitantes: Tiro, Antíope, Alemena, Epicasta, Cloris, Leda, Fedra, Ariadna... Después se agregarían muchas otras, y Francesca da Rímini les ganaría a todas en el arte de conmovier contando su vida y su muerte.

El infierno griego tenía una topografía bastante precisa. Sus cuatro ríos - Piriflégeton, Cócito, Aqueronte y Estigio- ya nombrados en la *Odisea*, seguirán corriendo en la *Eneida*, en la *Divina Comedia* y en el *Paraíso perdido*. En la *Comedia* tienen una fuente de lágrimas.

Por la *Teogonía*, de Hesíodo, tenemos datos más exactos: el subterráneo infernal está tan por debajo de la tierra como está la tierra por debajo del cielo. Un yunque caería del cielo a la tierra en nueve días y nueve noches. El mismo tiempo tardaría en caer de la tierra al profundo Tártaro. Ese camino recorrieron en su caída los titanes rebeldes. En el poema de Milton los ángeles rebeldes también sufren una caída de nueve días. Pero no van a dar al interior -94- de la tierra sino a una región del aire, lejos de nuestro planeta. Ya en la imaginación griega el país de los muertos se desplazaba a veces a una vaga región de los confines del mundo, las islas de los Bienaventurados, más allá del Océano. Pero era más popular la creencia en el infierno subterráneo.

Tan popular, que en las comedias Aristófanes se atreve a burlarse del infierno, haciendo descender a Baco en busca del trágico Eurípides. Primero Baco le pide instrucciones a Heracles, que ya ha hecho el viaje antes. Quiere que le indique las hospederías, panaderías, figones y tabernas del infierno. Pregunta por el camino más corto. Heracles le aconseja ahorcarse. Pero Baco prefiere bajar vivo. En la laguna infernal se encuentra con el barquero Caronte. Éste es un personaje de gran porvenir literario. Reaparecerá en el poema de Virgilio, en los diálogos de Luciano, en el poema de Dante, en infinitos «diálogos de los muertos»... Además está en la Capilla Sixtina, pintado por Miguel Ángel en el enorme fresco del Juicio Final.

-¿Quién viene a trasquilarse la lana de los asnos? -pregunta Caronte a sus visitantes (en la traducción de R. Martínez Lafuente).

Tal vez Aristófanes no cree en el infierno que -95- ha puesto en escena. Pero entre las bufonías de la comedia pasa, entre la luz y el perfume de las antorchas y la música

de las flautas, el coro de los iniciados en los misterios de Eleusis. Su canto es serio, poético, religioso. Ya se sabe que los iniciados tienen un tratamiento preferencial en el otro mundo.

Sócrates que, según su propia confesión, estaba iniciado, dice en el *Fedon* que «el que llegue a los infiernos sin estar iniciado ni purificado será precipitado en el cieno, pero el que llegue después de haber cumplido la expiación será recibido entre los dioses, porque, como dicen los que presiden los misterios, muchos llevan el tirso, pero pocos son los poseídos por el dios»... Muchos son los llamados...

A Sócrates, en los diálogos platónicos, le gusta conversar sobre la otra vida. Dedicar largos ratos a contar extrañas leyendas sobre viajes de ultratumba, como la de Er, el resucitado.

-No es la historia de Alcinoos la que voy a referir -previene Sócrates al final de *La República*.

En la corte de Alcinoos es donde Odiseo ha contado su entrevista con las almas. Sócrates debe tener por infantil la narración de la *Odisea*. La de Er, el -96- armenio, es más fantástica, más complicada. Er resucitó sobre la pira en que iban a quemarlo, doce días después de morir, y contó el viaje de las almas, sus andanzas subterráneas y siderales. Las almas suben y bajan por las aberturas del cielo y de la tierra. En el camino se saludan y conversan acerca de sus expiaciones y purificaciones. Er refiere detalles dramáticos referentes al especial castigo de los tiranos. Habla también de los círculos celestes, de las tres parcas que presiden los destinos, y de las reencarnaciones. Las almas que van a volver al mundo, después de unas vacaciones de mil años, eligen, según el orden que les ha tocado en suerte, entre los géneros de vida disponibles. Podían elegirse tiranías vitalicias o tiranías interrumpidas, destinos de guerreros o de atletas... Aun el último de los sorteados, si acertaba en la elección, podría ser feliz. Pero el modo de elegir de las almas «era digno de compasión y de risa»... (De piedad y de ironía, diría Anatole France).

El relato de la elección de vidas parece tratado con un humor fantástico y burlón. Orfeo, que había sido despedazado por las mujeres, no quiere volver a nacer de mujer y se convierte en cisne. Algunos pájaros cantores se vuelven humanos. Agamenón -97- prefiere ser águila. El Tersites se convierte en burlón mono. Odiseo, cansado de sus infortunios, prefiere convertirse en un particular desconocido y oscuro.

Este tono ya parece presagiar el de Luciano de Samosata y aun las fantasías de los sueños de Quevedo, lector de Luciano.

Pero en Sócrates la ironía suele ser tan sutil que a veces se nos escapa. En la *Apología de Sócrates* el filósofo parece burlarse de sus jueces recordándoles los verdaderos jueces, los jueces infernales: -«Si es verdad lo que se dice, que allá abajo dan su cuenta todos los que han vivido, ¿qué mayor bien habéis podido discurrir los que me habéis juzgado? Porque si al dejar aquí a los que hacen el papel de jueces encontramos en el infierno a los verdaderos jueces que allí administran justicia, Minos, Radamanto, Eaco, Tripolemo y los demás semidioses que en la vida fueron justos, ¿qué cambio más venturoso? ¿Qué daríamos por conversar con Orfeo, Museo, Hesíodo y Homero? Yo moriría contento cien veces si eso fuera verdad»...

Sócrates se regocija ante la posibilidad de entrevistarse con los héroes antiguos e inquirir noticias sobre la guerra de Troya y los otros sucesos legendarios. -98- Para la curiosidad siempre tensa de los griegos, esa posibilidad de reportajes fantasmales daba un permanente interés al infierno.

Tal curiosidad justifica al personaje de una comedia de Filemón que decía:

-Si estuviera cierto de que los muertos tienen conocimiento, me ahorcaría ahora mismo para poder ver a Eurípides.

1947

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario